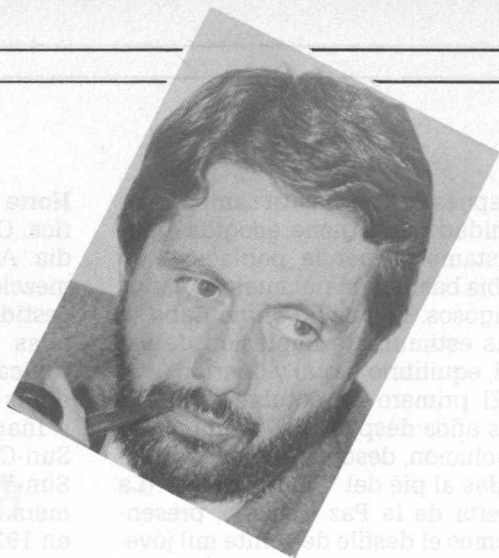


La tragedia china



GUILLERMO PERRY R.

La masacre de Tien An Men ha conmovido al mundo. Las tomas televisadas de jóvenes y obreros que pedían libertades y fueron triturados por las orugas de los tanques, de los cientos de heridos y muertos por las balas del aún hoy denominado Ejército del Pueblo, de la "tierra arrasada" por orden de un puñado de líderes octogenarios que hasta la víspera fueron ensalzados por la prensa internacional como los héroes de la apertura china, han sacudido por igual la conciencia de los demócratas y de los radicales de izquierda y derecha. Ha sido algo así como la ampliación a nivel planetario de nuestro drama local del Palacio de Justicia, hace algunos años.

Este episodio ha aportado una nueva prueba de que el totalitarismo comunista, al igual que las dictaduras de derecha, conduce con demasiada frecuencia a la más brutal represión oficial. Pero también demuestra una vez más, como en Chile, que la afición por las ideas neoliberales en lo económico anda usualmente pareja no sólo con el desinterés por la justicia social, sino también con el desprecio por el derecho a la crítica y por las demás libertades políticas. Y que, en muchas ocasiones, los supuestos "modernizadores", como el Sha, Marcos, o Deng, no resultan ser otra cosa que pequeños tiranos a quienes se adula y apoya en cuanto sirven a los intereses económicos o geopolíticos de Occidente.

La enorme carga emocional de la tragedia hace difícil un análisis frío de sus posibles causas y consecuencias. La supuesta lección de que la apertura económica exige la

apertura democrática, me parece una simplificación del problema. Para citar sólo un contraejemplo, el régimen húngaro se ha insertado en forma activa en la competencia internacional y ha permitido una amplia descentralización de las decisiones económicas de tiempo atrás, pero poco ha avanzado en términos de libertades políticas. Lo que no significa que en otras instancias no se presigan simultáneamente ambos objetivos, como sucede en la Unión Soviética de Gorbachov, y como deseaban hacerlo algunos dirigentes chinos —los llamados "moderados", por tener una posición menos radical en cuanto a la reforma económica— quienes hoy han sido retirados de sus cargos.

Algo más persuasivo resulta el argumento de que la migración a las ciudades, el desempleo urbano y la concentración de la riqueza que comenzaron a aparecer como consecuencia del inicio de la descolectivización de la agricultura, del mayor juego de las fuerzas de mercado y del incipiente proceso de acumulación privada, contribuyen a explicar el clima de protesta social. No hay duda de que el problema más delicado en la China es el de mantener las condiciones de supervivencia y de convivencia de una enorme masa demográfica.

Sin embargo, los jóvenes y obreros de Pekín no pedían reformas económicas o sociales, sino reformas políticas. Querían tener libertad de movimiento y capacidad de elección. Protestaban por la corrupción burocrática y no tanto por la orientación de la economía.

Pienso que la profundidad del drama tiene unos peculiares contenidos humanos. Los ancianos diri-

gentes que ordenaron la represión no conocen cómo vive ni cómo piensa el chino promedio de hoy. Ellos nacieron y se formaron en una China humillada, invadida y dividida por poderes imperiales de Occidente y posteriormente, durante la segunda guerra, por el Japón. Se educaron y lucharon en una Nación asolada por el hambre y por la negligencia, el servilismo y la corrupción de su clase dirigente. Después han vivido aislados de su gente por las barreras del poder y de la fronda burocrática.

Los jóvenes chinos, por el contrario, no han padecido el hambre, ni el saqueo, ni la dominación cultural. Han sufrido más bien restricciones a su desplazamiento y a su posibilidad de elegir qué quieren estudiar o en qué trabajar y las injusticias e ineficiencias cotidianas del pesado aparato burocrático. Al mismo tiempo, han oído, han visto y han leído sobre cómo se vive en otras latitudes.

Los dirigentes octogenarios interpretaron la protesta como un intento de restaurar el antiguo orden, algo que los jóvenes mal podían anhelar puesto que ni lo conocieron ni tienen razón alguna para añorarlo. Esta incompreensión, a mi manera de ver, es una de las facetas humanas más dramáticas de la tragedia.

Como quiera que ello sea, la inevitable consecuencia de la masacre es la pérdida absoluta de la legitimidad de que hasta ahora habían gozado el régimen actual y sus dirigentes. La protesta rebelde fue suprimida de manera violenta, pero seguramente habrá de sucederla, tarde o temprano, la revuelta organizada.